

EUROPA



**GREGORIO RUIZ
DE LA HERMOSA**

El desconocido se sentó en una silla, en la misma mesa de la terraza del bar donde me encontraba solo apurando una copa. Su aspecto no era nada tranquilizador. Llevaba puesta una especie de túnica blanca, rematada en lo alto por una cabeza de respetables proporciones, pelo largo y una gran barba, y en la mano derecha portaba una especie de bastón o vara de extraña forma. Vamos, algo así como Demis Roussos, pero más alto, y de aspecto más imponente. Poseía también una fiera mirada. Pidió con toda naturalidad vino con miel -le costó hacérselo entender al camarero- y dirigiéndose a mí por primera vez me dijo:

- Es lo más parecido que he podido encontrar a lo que habitualmente bebo.

Su voz no era desagradable en absoluto, así pues le dije, por pura cortesía:

- ¿Y qué es lo que habitualmente bebe?

-Néctar -me respondió- néctar de los dioses, pero aquí abajo es imposible de encontrar, así que me conformo con...esto. Por cierto -continuó- no me he presentado. Mi nombre es Zeus, y soy algo así como -vaciló un momento y continuó- algo así como el presidente del Consejo de Administración del Olimpo, dicho así para que usted me entienda.

- Ya -atiné a decir mientras maldecía el extraño don que los genes o el Creador me dieron para atraer toda clase de pirados y paranoicos. En esto, un perrito que llevaba ladrándole desde que se había sentado, comenzó a morderle la túnica. El individuo le lanzó una fulminante mirada, y ni corto ni perezoso, dirigió hacia él el extraño bastón, del cual surgió un rayo, acompañado de un enorme trueno, que dejó al pobre animal convertido en cenizas. Algunos clientes de las otras mesa miraron al cielo, creyendo que amenazaba tormenta.

-¡Tate!", -me dije para mí mismo- "a ver si va a resultar verdad". Por si las

moscas -nunca se sabe- decidí seguirle la corriente:

- Y dígame, señor Zeus, ¿cómo usted por aquí?

- Es una vieja historia. Como usted sabe -arqueó sus pobladas cejas- porque supongo que lo sabe, hace ya unos cuantos miles de años bajé a la Tierra, pues me había enamorado de la mortal Europa, hija del rey Agenor de Tiro; tuvimos una cálida historia de amor y luego terminó. La malas lenguas -murmuró en voz baja- dicen que me convertí en un toro de color castaño y que la rapté, pero ya me gustaría a mí echarme a la cara al cotilla -sacudió el bastón, torciendo el gesto, mientras yo me compadecía mentalmente del desconocido cotilla-. Pero en fin, ya lo encontraré algún día; tengo mucho tiempo, ¿sabe? Ahra he decidido, por pura curiosidad y por qué no algo de nostalgia, bajar y buscarla, -y mirando soñadoramente a un punto impreciso y tras una breve pausa continuó- ¿cómo estará?

- Hecha una pena -no pude por menos que decirle.

- Tan pacífica y tranquila como era mi Europa...-continuó en su ensoñación.

- Si, si tranquila -le dije con ironía- Solo en el siglo pasado dos guerras mundiales, docenas de guerras y revoluciones locales, algún que otro Holocausto, y si nos remontamos...

- Tan desprendida -seguía aparentemente sin oírme- tan generosa.

- Vaya -le dije yo ya lanzado- dígaselo a la Unión Europea, que con la excusa de hacer una Europa de ciudadanos y naciones unidas, la cual parece importarles verdaderamente un rábano, en lo único que ponen verdadero interés en los acuerdos económicos que benefician de una u otra manera a las grandes empresas y multinacionales, y al ciudadano que le den... Esos se matan por un euro, se lo digo yo, jefe.

- Tan unida -continuaba erre que erre- nunca ponía pegas, siempre estaba de acuerdo...

- Je, que se lo digan a Francia y a los países que han votado no a la Constitución Europea -le apostillé con evidente mala leche-. Sus ciudadanos empiezan a verle las orejas al lobo. No quieren una Europa exclusivamente de mercaderes.

- Con ese pelo, ese pecho, ese, ese...

- Bueno, bueno -le corté- no entremos en detalles escabrosos, que al fin y al cabo es usted un dios. Compórtese, leñe.

En ese momento pareció despertar, dio un suspiró, fijó la vista en mí y con algo peregrinamente parecido a una sonrisa me dijo.

- Ea, me ha caído usted bien, voy a invitarle.

- Oiga que -le dije- aquí no creo que acepten óbolos, ni dracmas ni nada por el estilo.

Sin contestarme sacó una especie de talega de cuero de entre los pliegue de la túnica, la abrió y extrajo un billete de 200 euros. Antes de que la volviera a cerrar, pude vislumbrar que estaba a rebosar de billetes de 500. Pagó, se levantó, y antes de irse todavía alcanzó a decirme:

- Puedo ser antiguo, pero yo también soy PODEROSO. Creo que me va a gustar de nuevo EUROPA.

Mientras se alejaba, vi como se le acercaba un "hare krishna", y empezaba a cantarle, quizá confundiendo con un correligionario a causa de la túnica. Me tapé los ojos, pues no quería verlo. Se volvió a oír un trueno semejante al anterior, y cuando aparte las manos de mis vista, del "hare krishna" no quedaba sino algo parecido a los restos del brasero. Los clientes de la terraza volvieron a mirar al cielo y oí al camarero decir:

-Efectivamente, parece que va a haber tormenta.